



Don
Manuel R.

(11 de julio de 1954)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2618

DOMINGO 15 DE NOVIEMBRE DE 2020

Ilustración del antiguo Cine Reforma, en Coquimatlán.



ESCRIBEN: Armando Polanco Pérez, primer lugar del Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2020; Miguel León, Solange Páez, Carlos Ramírez, Magda Escareño, Leopoldo Barragán, Lupe Coronel y Carlos Caco Ceballos.

¿Quién vive? Mi gente*

Armando Polanco Pérez

Los viejos tiempos dejaban de ser viejos tiempos y se convertían en presente, no sólo como si hubieran tenido lugar ayer, sino como si estuvieran teniendo lugar hoy y algunos de ellos no hubieran tenido lugar todavía y fueran a acontecer mañana, de modo que al final me daba la impresión de que ni siquiera yo existía todavía.

William Faulkner, en *Gente de Antaño*

Cuando caímos aquí éramos unas cuantas familias, más pobres que ricos. Eran tres los hombres prósperos: don Antonio Morentín, don Hilario Castañeda y don Martín García, dueños de muchas hectáreas, ganado y terrenos. En casa de don Toño Morentín solían hacer una faena interesante, sacaban con un baldecito las monedas de plata y oro que tenía en un cuarto, enjarraba aceite de coco y mojaba un paliacate de vinagre para luego rociar de pies a cabeza a uno o dos mozos para la encomienda. Con cubrebocas sacaban baldadas de monedas que iban extendiendo en el corredor de la casona. Don Toño, sentado en un equipal, con calzón de manta observaba cada movimiento y sobre su pierna agarrando una retrocarga, cuidando que ni una moneda se perdiera entre las manos de nadie. Cada mes oreaba su dinero para que no crearan gas. Don Toño murió sin saber cuánto dinero tenía.

Este pueblo era una sola calle larga que empezaba con Ramón Carrillo, quien organizaba la Traída del Señor de la Expiración. Él pedía a los ricos para la compra de cohetes y para hacer birria en su casa, mataba becerros, puercos o borregos que él mismo cocinaba, además de los ponches de sabores que regalaba a los peregrinos venidos de las rancherías con la imagen. El confín de Coquimatlán era antes del cruce del tren.

Todo estaba sin empedrar, era un pueblo seco. En algunas casas se sacaba agua de pozos para hacer la comida. Se tenía una vida enteramente agrícola; a las cuatro de la madrugada pasaban las vacas por las calles, el ruido de cencerros, los mugidos, las pisadas fuertes, el chiflido de los hombres, el casqueo de los caballos, los alegres silbadores, eso era de diario. Don Gabriel Montañón tenía patines del diablo de dos y de tres llantas que rentaba entre diez y cinco centavos, vivía en la parte de arriba donde había una que otra casa. Abrió la tienda que llamó El Faro. Para lavar la ropa, las mujeres iban al arroyo Los Limones, a El Tecolotero o el río Armería, madrugaban a apartar piedra. Los trapos los enjabonaban con bolas de asmoles, y con planchas de hierro sentadas sobre carbones almidonaban pantalones y camisas. En todas las casas había todos los animales: gallinas, gallos, patos, conejos, chivos, gatos, burros, perros, palomas, puercos. Don Severino Pérez tenía puercos blancos y colorados, tenía uno que lo llamó Juan Busca a Inés, de unos ochenta kilos de peso. Lo rentaba para cruzarlo con puercas. Jalado de un lazo, caminaba con su puerco presuntuoso de dos grandes bolas contoneándose a cada pisada por las polvosas calles.

Cuesta abajo tenía panadería *El Tiquiriki*, en



Frente al jardín principal de Coquimatlán, por la calle Jesús Alcaraz, se hallaba el cine Reforma.

El cine Reforma tuvo varios dueños y al final lo compró Alfredo Rocha. Era el único lugar de diversión del pueblo. desde peleas de box. cantantes aficionados. serenatas. declamadores. tardecadas. función de cine y eventos políticos. Era el corazón vivo de los chigüilincros.



Congregación de coquimatlenses en el antiguo templo de San Pedro.

tanto cuesta arriba, en el campito tenía la suya Antonio Decena. La tienda de José Gallardo vendía cosas para gente del campo, la de don Joaquín Rodríguez para la casa; también estaba la tienda de Margarita Govea, la de Enrique Beas que también hacía huaraches, la de Chon Acevedo frente a la Presidencia Municipal, cerca del pozo de esa casona donde el Indio Alonso arrojó talegas con monedas de oro antes de huir a Manzanillo; en la tienda de Mariquita Cano estuvo la caseta telefónica, pero antes la vimos por primera vez con Domitila Ventura, hermana de don Pancho el boticario, por la calle Juárez. Era un teléfono con manivela al que se daba vueltas para llamar a los pocos teléfonos de casa que había en todo el pueblo y que empezaban con cero uno, cero dos, cero tres, sucesivamente, además había una caseta para hablar desde ahí. Don Nacho Águila vivía hacia abajo, cerca de la plaza de toros. Él era un viejo boticario que recetaba en casa, aunque don Pancho Ventura empezaba a vender obleas, medicamentos en envoltorios de papel.

En la esquina del portal sur, frente al jardín, vivió la familia de Jesús Alcaraz, músico que compuso el vals Sentimiento; en la otra esquina compró Trinidad Lepe Preciado, luego de que llegara de por allá de Jalisco y se levantara aquí. El cine Reforma tuvo varios dueños y al final lo compró Alfredo Rocha. Era el único lugar de diversión del pueblo, desde peleas de box, cantantes aficionados, serenatas, declamadores, tardecadas, función de cine y eventos políticos. Era el corazón vivo de los chigüilincros, se llamaba a la función en punto de las ocho de la noche con la canción Lindas Mexicanas desde lo alto de la vieja construcción con un altoparlante; dos eran las películas que se exhibían con un intermedio, el cine terminaba a las once de la noche y la gente salía en bola, apresuraban el paso ante la escasa luz amarillenta y el miedo de encontrarse el espectro de la mujer que llamaba a los hombres sin dar la cara y los llevaba hasta lugares lejanos, o que se les apareciera el charro negro en su caballo, o la puerca con puerquitos bailando la canción que invocaba al demonio: Amor chiquito/ acabado de nacer/ tú eres mi encanto/ eres todo mi querer.

Una familia completa amante de ir diariamente al cine eran *Los Tigres*, llamaban la atención de muchos por su forma de vestir. *Los Tigres* caminaban desde calles arriba hasta llegar al cine con vestimenta propia de sus ídolos, ellas con botas largas que llegaban a sus rodillas, vestidos ampones, lucían sus anillos, pulseras, cadenas y aretes de oro, soberbias con su pelo trenzado o de alto copete según el gusto; ellos, en botas con casquillos, pantalones acampanados, cinto con gran hebilla, de gruesa patilla y texanas con estrellita metálica al frente. El único que portaba arma de verdad era el padre, quien siempre se desempeñó como Comandante Municipal. Tanto papá, mamá, hijos e hijas ocupaban toda una banca para disfrutar de sus ídolos favoritos. La trama de las películas era tema de discusión en tiendas, carnicerías, camino al río, al acostarse, al levantarse, plática de banqueta y hasta llegaba a ser más interesante que el sermón en misa;

instalado en la esquina de la tienda de Lepe anunciando películas era tirado al piso por el sacerdote, pero que al cabo de poco tiempo manos anónimas lo regresaban al mismo lugar. El cine era la vida misma.

El padre *Matellito* recorría todas las rancharías cuando no en raítes, a lomo de caballo y -dicen- que hasta se aparecía en dos lugares al mismo tiempo, tenía el don de la ubicuidad. A su encuentro los niños esperaban su jalonecito de orejas con su frase: "Los niños buenos al cielo irán, los niños malos se perderán"; los grandes besaban su mano y se despedían sin darle la espalda.

A la señorita Esther Cortés se le veía andar tocando puertas para enseñar catecismo, las primeras vocales, los números, las cuentas; además daba pláticas a las mujeres, amadrinaba niños y niñas para la Primera Comunión; inyectaba contra todo tipo de males, daba asistencia a enfermos y para sostenerse vendía productos Avon. Estaba muy allegada a la iglesia pero también participó en la política, aunque no le reconocieron su popularidad traducida en muchos votos. El PRI era el único partido.

También hubo muchas muertes en la época de la revolución cristera, este pueblo sufrió de veras en tiempos de la Cristiana. Los soplones señalaban nomás por nomás a quien fuera, así se trataba de niños o mujeres, los sacaban a rastras para colgarlos o fusilarlos ante las súplicas de los familiares. Fueron tiempos muy difíciles. Las torres del templo negreaban, se veían llenas de gente armada y a cualquier ruido se escuchaba el: ¡¿quién vive?! Y qué decir de don Pedro García de Alba, primer presidente del ejido.

Ese hombre tuvo por encargo quitar tierras a los ricos terratenientes por orden presidencial. Una madrugada tocaron la puerta de su casa y le dijeron que alguien quería hablar con él. Tranquilo, sin soltar la taza con café, se encaminó a donde le señalaron. Vivía por la calle en dirección a las vías del tren. Al tener de frente al que lo citó, aquel le disparó a quemarropa. Don Pedro quedó muerto en las vías del tren, así fue como terminó sus días.

El tren pasajero pasaba dos veces por el pueblo. Por la mañana venía de Manzanillo y paraba como eso de las diez, aquí los pasajeros compraban tamales de puerco, de gallina, de ciruela silvestre, de frutas, blancos y de ceniza con champurrado. También tacos de frijoles, de papa, de chicharrón, todo envuelto en papel. Regresaba de Guadalajara como a eso de las cinco

de la tarde. Los fines de mes, cuando pagaban a los garroteros o personal operador, al pasar por Coquimatlán aventaban dulces al chiquillero que, ansioso, lo esperaban. Era el único día que se podía disfrutar una golosina al paso del tren.

Este pueblo tenía cantinas donde se bebía con una botana. Estaban El Atorón, El Infiernito, El Tampico, El Salsipuedes. Tino tenía su casa una cuadra abajo del jardín, empezó abriendo un billar con tres mesas de pool y en la esquina abrió una cantina, compró de esas mesas bonitas con asientos de buena madera y diseñadas con respaldo de herrería. El lugar siempre estaba limpio. La gente que asistía tenía prohibido escupir al piso, había escupideras en cada mesa. Luego abrió su restaurante, con cocina y baños, la carta ofrecía carne adobada, cecina, chacales a la mantequilla, al mojo de ajo, en caldillo, birria blanca, patitas de puerco, viandas diferentes a lo que había en las cantinas, que era solo cerveza con botana vendida. Había mujeres al pendiente de todo: Chayo, La Zacatera, La Güera de La Villa y Josefina La Cigarrera estaban en la barra; Chayo Vera, Esperanza Solís y Piedad Rodríguez eran las meseras.

Al poco tiempo llegó de Tecomán Joaquín Rodríguez *La Picha*, junto con Lidia Montes. Tino compró dos mesas más para billar y en el restaurante tuvo horario hasta noche, donde se vendían sopitos, pozole, tostadas, había cantidad de clientes de día y noche. Se hizo famoso el restaurante porque recibía personas de muchos lugares, además el sabor de la comida era lo que gustaba.

En una ocasión al pueblo llegó una caravana de artistas, vinieron a grabar una película: *El Sargento Pérez*. Aparecen Julio Alemán, Luis Aguilar y otros. Levantaron una carpa cerca del jardín y a la gente que pasaba la invitaban a salir en las grabaciones. María de la Luz Preciado y Laura Aguilar estuvieron en las escenas dentro de una carreta. Una de ellas muere alcanzada por una bala. Fueron días de mucho bullicio, mucha gente que iba y venía porque se grabaron en locaciones de pueblo, también de Comala y Villa de Álvarez. A Coqui han llegado personas y familias de paso que igual se van, o se quedan a vivir y durante su estancia en este mundo, hacen historia, la de mi pueblo.

**Viñeta ganadora del primer lugar del Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2020*



Despachando en la tienda de don Joaquín Rodríguez.



En esta finca nació el músico Jesús Alcaraz.



Lidia, de la familia apodada Los Tigres.



Por esta calle se ubicaba el restaurante de Tino.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Don Manuel R.

Don Manuel Sánchez Silva

(11 de julio de 1954)

Cuando en 1914 desembarcaron en Veracruz fuerzas norteamericanas de infantería de marina y las calles del puerto se empurpuraron con la sangre de numerosos mexicanos, sacrificados en una lucha heroica pero desigual e inútil, estalló en Colima un sentimiento de patriotismo romántico.

Poco tuvo el gobierno qué hacer para encender en los colimenses el fuego belicoso, cuando todos los puños se crispaban en ademán amenazante orientado al norte; en todos los rostros quemaba cual llama la injuria recibida y en todos los labios vibraba el grito apasionado: ¡Viva México!

El entusiasmo guerrero se desbordó de los límites oficiales, invadiendo el interior de los hogares y hasta el sagrado recinto de los templos. Los empleados públicos fueron uniformados y sujetos a instrucción militar, al igual que los maestros de escuela y hasta los alumnos del sexto año y de los cursos normales.

Diariamente, a las seis de la mañana, burócratas y paisanos asistían a los ejercicios militares, que oficiales del ejército dirigían en la plaza principal y en el jardín Núñez, en donde se congregaban y reunían los hombres provenientes de todas las clases sociales. Junto al burgués de pacíficos antecedentes, formaba el humilde operario, seguido del respetable profesionista y del propietario acaudalado. Todos, pobres y ricos, aristócratas y plebeyos, se entrenaban en el arte de la guerra.

Y era en verdad un espectáculo emotivo contemplar a aquellos soldados improvisados, héroes cimarrones que días antes habían vivido en la penumbra de una vida insignificante, y ahora, poseídos de santa cólera, asumían actitudes marciales y endurecían la mirada y la voz, pensando en abatir al invasor.

La divulgación de “La Bestia de Oro”, el sonoro y bello poema de Rafael López, acabó de galvanizar los sentimientos patrióticos. Todo mundo declamaba sus cuartetas, que se memorizaban con la facilidad de los billetes de banco.

Las mujeres participaban del entusiasmo agresivo. Se les veía colgarse del brazo del marido, del novio o del hermano, al pasear por las calles sintiéndose orgullosas de ir al lado de un hombre que seguramente llenaría con el relato de sus hazañas muchas páginas de la historia patria.

Y los sacerdotes, dentro de la ponderación propia de sus ministerios, encontraban la manera de deslizar en sus sermones frases alusivas a la injusticia de una intervención brutal e inmotivada.

En este ambiente caldeado de fervor patriótico, se organizó una velada en el teatro Hidalgo, cuyo programa fue, naturalmente, de acentuado sabor nacionalista.

Don Manuel R. Álvarez pronunció un discurso oficial. Era don Manuel, por esa época, hombre de 40 a 45 años. De estatura un poco inferior a lo normal, pero robusto

y membrudo, usaba bigote a la mosquetero, de altivas guías y poseía una voz singularmente vigorosa y metálica. Se le llamaba por su nombre y la inicial intermedia: Manuel R.

Era químico farmacéutico, tenía la mejor farmacia de Colima y descendía de una familia aristocrática, rica y bien querida. Don Manuel, hombre inteligente, culto, caritativo y generoso, buen tomador y conversador de singular amenidad, constituía una personalidad extraordinariamente interesante.

La noche de la velada no cabía un alfiler en el teatro. Al lado izquierdo del foro se colocó la tribuna -entonces sí había tribunas y, además, se usaban- y a ella ascendió don Manuel, dentro de una ovación clamorosa.

Cuando se hizo el silencio, empezó el orador su discurso con las palabras consagra-

das del himno nacional: “Mexicanos, al grito de guerra...” y continuó disparando conceptos que tenían la fuerza de un pistoletazo, en una peroración llameante, de lirismo arrebatador y machuno, convirtiendo el recinto en un auténtico manicomio donde los asistentes rugían de entusiasmo y subrayaban cada frase con frenéticos aplausos y alaridos.

Terminó don Manuel su discurso incendiario, con las mismas palabras del himno nacional con que comenzó, y al descender de la tribuna se le brindó la ovación más estruendosa registrada en la historia del teatro Hidalgo.

El final de esa noche no estuvo, desafortunadamente, a la altura del respeto a que tiene derecho la hospitalidad. La gente se lanzó enloquecida a la calle, en tumultuosa manifestación espontánea, y fue a lapidar las casas de las familias estadounidenses que vivían en Colima, muchos de cuyos miembros habían nacido aquí.

Las autoridades intervinieron oportunamente para disolver los grupos que, de haber dispuesto de la libertad de acción, seguramente habrían cometido más de un atentado, impulsados por la exacerbación de un patriotismo ciego y vengativo.

Años después, don Manuel realizó todas sus propiedades y se

radicó en Guadalajara, donde murió no hace mucho tiempo. Jamás volvió a Colima, circunstancia que intrigó a sus viejos amigos, quienes interpretaron el alejamiento definitivo de aquel hombre verdadero prócer como resultado de alguna gran decepción sufrida por motivos y personas que no se conocieron nunca.

Y en las tertulias colimotas, cuando frecuentemente se evocaba la recia personalidad del ausente, surgía el recuerdo de aquel discurso inolvidable y único, ejemplo de oratoria paladinesca y signo de un trance doloroso, en la dramática vida de México.

* Periodista, escritor y fundador de **Diario de Colima**.†



La noche de la velada no cabía un alfiler en el teatro. Al lado izquierdo del foro se colocó la tribuna -entonces sí había tribunas y, además, se usaban- y a ella ascendió don Manuel, dentro de una ovación clamorosa.

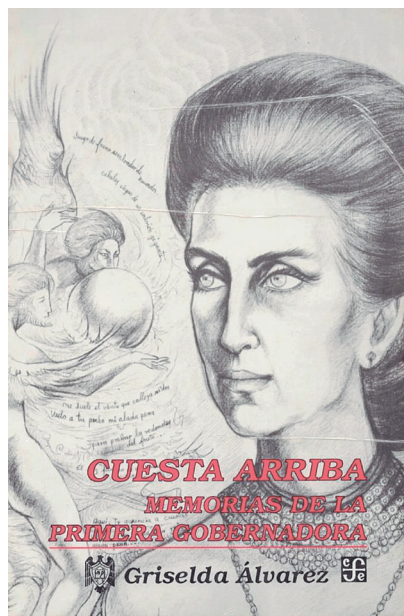
Leer bajo el volcán



Cuesta arriba. Memorias de la primera gobernadora

Carlos Ramírez Vuelvas

Qué importantes las memorias de doña Griselda Álvarez, suscritas en ese título *Cuesta arriba. Memorias de la primera gobernadora*. No dejo de recordar las palabras del poeta Víctor Manuel Cárdenas cuando la recordaba, él que la conoció tan bien: no conozco a una persona que pensara tanto en cómo sería su figura de bronce en la posteridad. Pero, poeta al fin, creo que las revelaciones de las memorias de doña Griselda están más en sus silencios que en sus palabras. Les invito a conocer a fondo el pensamiento vital (poético, intelectual, político) de doña Griselda Álvarez, en *Cuesta arriba. Memorias de la primera gobernadora*. Los invito a leer literatura colimense.



Horas muertas

Solange Páez*

I

Una palabra sin sombra habita el revés de la luz,
el rincón claroscuro de la mañana,
y el borde de los reflejos.

II

Un nombre permanece insomne, se recuesta sobre mi almohada.
Un paréntesis bajo la piel despierta la sangre desde su núcleo,
de madrugada, entibia las comisuras de mis dedos, y duerme bajo mi lengua.

III

Sigo inmóvil, sentada sobre mi propia ausencia.
Me traicionan las sombras.
Lo único leal es la mirada que voltea mi cuello (lo quiebra)
hacia la cuenta regresiva, para la muerte.

Trazo una línea sobre la mesa y el universo se desangra bajo mis manos.

IV

Llevamos todos un gran signo de interrogación entre los dientes,
desde que nacemos en inciertas pieles
hasta que tensamos el arco del eterno monólogo acariciando el espejo.
Los signos nos cuentan cuántas agujas llevamos en los huesos.
Dios es la respuesta que naufraga,
pero la muerte jamás fracasa, no importa cuánto queramos sobrevivirla, ella
siempre nos alcanza con nuestro mismo signo interrogatorio entre los dientes.

*Poeta ecuatoriana

En el silencio

Miguel Ángel León Govea

En el silencio
ocurre la muerte,
no importa la bala,
llanto ante el cáncer
o el rezo en la sala.

Miedo y esperanza
crecen en ausencia
del tacto del oído,
como crecen los años
o una feliz infancia.

En realidad poco importa
el paso del tiempo,
no se escucha el girar
del mundo.

Poco importa
la voz de las noticias
si el virus se comunica
en el silencio.

De nada sirven
los discursos
para hacer en paz
la guerra.

En nada ayuda
salvar al planeta
si queramos o no
somos su condena.

Ante el calentamiento verbal
el poder está
en poder mantener
la boca callada.
Cubrebocas metafísico
ante los virus históricos
de la palabra.

En el silencio.
Quizá descubramos
a un dios desconocido.

La cura definitiva de la vida.

Porque ocurre
que el silencio
es el más mínimo silencio
de la muerte.



Minerva

Una lucidez delirante: las musas reales de los pintores

I/II

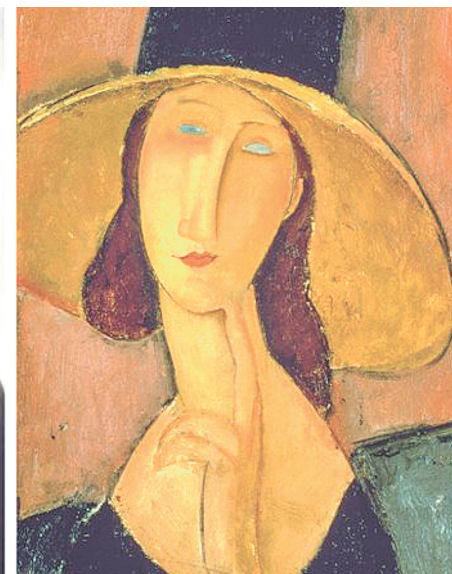
Julio César Zamora



Momento en que Raquel Welch posó para Salvador Dalí.



Jeanne Hébuterne, la musa de Amedeo Modigliani.



Si la música (*mousike*) es el arte de las musas (*mousai*), los músicos vienen de ellas, su origen parte de las diosas inspiradoras de la canción o el poema (*mousa*). Muchos siglos después llegaría un poeta al que se le reconocería como el máximo representante del modernismo literario, para escribir en los versos de *El canto errante* (1907): ¡La mejor musa es la de carne y hueso!

Cuando los poetas lo descubrieron, los pintores ya lo habían patentado en infinidad de cuadros y técnicas a través de la historia del arte. Entre el trazo, el color y la forma sublimaron a las musas reales, las que han posado frente al lienzo, para trascender sus obras.

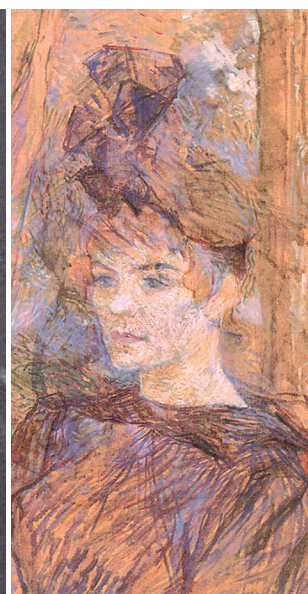
Desde la ultratumba surrealista Salvador Dalí revive el instante cromático de retratar a la actriz Raquel Welch una y otra vez. No para besar su codiciada mano al finalizar la pintura, sino por repasar el momento creativo en que se desarrolla el proceso pictórico observando a la musa de carne y hueso. Es ahí donde las musas mitológicas circundan el espacio, la mente y el alma. Una lucidez delirante.

En esas tres palabras se define la inmortalidad de varios artistas, no sólo plásticos. En esas tres palabras vivieron el instante de crear. Un hechizo semejante invadió al pintor

Amedeo Modigliani cuando vio por primera vez a Jeanne Hébuterne en la Academia Colarossi, una escuela de arte privada. En su inconfundible estilo, la retrató en decenas de cuadros, convirtiéndose ella, la musa, en el tema principal de su obra.

En Gerardo Murillo se encendió una lucidez delirante más intensa que la erupción de sus volcanes al conocer a Carmen Mondragón, a quien bautizó como Nahui Olin, un espíritu libertario y creativo que fascinó al autoproclamado Dr. Atl y a todos los artistas que tuvieron la complacencia de observarla de frente, seducidos por su mirada. Ella misma, como pintora, se autorretrató en diferentes periodos.

El caso de Suzanne Valadon es algo extraordinario. Fue modelo de varios pintores, entre los más famosos Henri de Toulouse-Lautrec, Edgar Degas y Pierre-Auguste Renoir. Mas la visión que cada uno tuvo de ella fue diametralmente distinta. Mientras Degas la estilizó como bailarina de ballet, Renoir la plasmó con un gesto recóndito en la musa, afable y alegre. Lautrec en cambio la retrató como ella anduvo por la vida, con la expresión adusta y nostálgica. Él mismo la impulsó en su incursión en la pintura y le sugirió el nombre de Suzanne, siendo la primera mujer en ser aceptada en la Unión Francesa de Artistas.



Suzanne Valadon, pintada por Auguste Renoir y Henri de Toulouse-Lautrec.



La pintora y poeta Nahui Olin, retratada por el Dr. Atl.



Etiqueta social

Leopoldo Barragán Maldonado

Se dice que la escuela es nuestra segunda casa, aseveración respaldada con el supuesto de que en las aulas pasamos varias horas al día, durante algunos años, con el propósito de educarnos y formarnos profesionalmente; pero, al margen de los fines educativos, la casa y la escuela son dos campos estrechos de interacción social, donde los sujetos, al involucrarse en el proceso de enseñanza-aprendizaje coadyuvan en la construcción de la realidad. Una de las etapas más significativas de este desarrollo no sólo radica en las formas que socializamos el conocimiento, sino también en los roles desempeñados, el estatus obtenido y el reconocimiento social que adquiere cada uno de los sujetos. En los grupos reducidos es posible intercambiar mayor capital cultural, sobre todo cuando etiquetamos a los otros, y éstos hacen lo mismo con nosotros.

Pensemos en la escuela. Cuando cursaba la secundaria tenía un compañero a quien apodaban *El Chivo*, y no precisamente porque tuviera algún rasgo fisionómico semejante a los caprinos, sino que su apodo provenía de abolengo familiar, pasando de una generación a otra, la identificación con aquel mote fue tan intensa que en las primeras hojas de sus cuadernos aparecía el perfil de un chivo, inclusive cuando el maestro nos explicaba la clase, mi condiscípulo se la pasaba dibujando y perfeccionando la imagen de cualquier cabrío. No memorizo el nombre completo de mi compañero, pero su apodo no se me olvida.

Lo mismo sucede cuando etiquetamos a los maestros, recordamos más los apodos que sus nombres. En los primeros años de mi labor docente fui etiquetado con los apodos de *Platón* o *Platonazo*, probablemente por mi insistencia en la teoría política del filósofo ateniense, o quizá por la anchura de mis hombros. Nadie escapa a la etiqueta social. ¿Será que tienen mayor significación los apodos que un nombre propio? Erving Goffman, en su obra *Estigma, la identidad deteriorada*, sostiene que: “al encontrarnos frente a un extraño las primeras apariencias nos permiten prever en qué categoría se halla y cuáles son sus atributos, es decir, su ‘identidad social’, para utilizar un término más adecuado que el de ‘status social’, ya que en él se incluyen atributos personales, como la ‘honestidad’, y atributos estructurales, como la ‘ocupación’”; no obstante, el concepto de ‘estigma’, como lo explica Goffman, debe ser matizado, porque no necesariamente indica una desacreditación social, ya que los estigmas también representan capacidades personales y cualidades morales.

Defino el concepto de ‘etiqueta’ como el acto social por medio del cual distinguimos una serie de rasgos, ya sean físicos, conductuales, lingüísticos y culturales, que nos permiten caracterizar la personalidad de los individuos. El etiquetado social contiene dos actores que se corresponden: el que etiqueta, y el que es etiquetado. Nuestro concepto se aproxima a las ‘tipificaciones’ que describe Schutz en su in-

terpretación fenomenológica, ya que según el sociólogo, cada que utilizamos el lenguaje procedemos a tipificar partiendo de las experiencias de la vida cotidiana. Sin embargo, tipificar o etiquetar no se limitan a una función utilitaria del lenguaje, ya que responden a la práctica ética, el lenguaje es la voz de los valores; por ejemplo, cuando etiquetamos la memoria de nuestros padres, solemos decir: ‘mi padre fue un santo’, en este caso, al *sujeto* le estamos atribuyendo un valor (*objeto*), cualidad que depende de la manera en que percibimos el objeto (fenómeno). El árbol de la lógica sentimentalista se hace fuerte con sus raíces epistemológicas.

Tradicionalmente se considera que todo conocimiento es conocimiento de algo, producto de la aparente relación entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido, este último puede ser real, ideal, e inclusive irreal, porque aquello que conocemos -ya sea por intuición o deducción- es sólo un tránsito de la posibilidad a la realidad; afirmo que es una relación ‘aparente’ porque la índole del conocer es siempre relativa, ligada no sólo a condiciones existenciales implícitas en el sujeto, parecidas a los argumentos que sostenía Enesidemo de Cnosos, quien las denominó *tropos*, es decir, dificultades para conocer las cosas tal como lo son; sino que además involucra condicionantes ontológicas relativas al ser del objeto, semejantes a la distinción que hizo Hartmann respecto a los modos del ser, ya que para el filósofo todo ‘ser-ahí’ (cosas, personas) tiene su ‘ser-así’ (rasgos, cualidades, atributos).

En lo personal considero que dichas analogías son variables que se manifiestan cuando colocamos a los objetos frente a nuestra mirada para transformarlos en fenómenos, en ‘algo’ que sólo tiene representación y significado para quien lo percibe, ya que no es lo mismo el objeto -asociado con las cosas propiamente dichas- que el fenómeno, éste se refiere a las apariencias, notándose en los famosos dichos populares, mencionemos uno: “el león no es como lo pintan”, en tal enunciado el ‘objeto’ será el ‘león’, y el ‘fenómeno’ la imagen que nos formamos del objeto; lo que vemos no es como aparece, ni lo que aparece es como lo vemos, por algo el refrán: “no todo lo que brilla es oro”.

Lo anterior quiere decir que el conocimiento no necesariamente se limita a la trillada correlación ‘sujeto-objeto’, sino que en su dimensión fenomenológica es trascendido al anexarle un elemento más que surge de la valoración e interpretación del objeto, de tal suerte que tendríamos una relación triple conformada por el sujeto, el objeto y el fenómeno. Concatenación que, por sus abreviaturas, lo denominaré como *sof*. El *sof* (sujeto-objeto-fenómeno) es una categoría empleada frecuentemente en la vida cotidiana, aplicándola en nuestras relaciones sociales. El *sof* no sólo es un fundamento epistemológico del etiquetado social, sino además se convierte en una de las llaves que permiten abrir las puertas de lo metafísico para ingresar en los campos de la mística y la santidad. Campiñas por las que divagaremos próximamente.

Embrionario

Magda Escareño

Claridades:

I Cortadura espejo:

En él, si la luz está encendida en lado opuesto, las sombras se extravían como ánimas en rueda, se desprenden del cuerpo, se contraen ante ojos dilatados. No se escucha el ruido silencioso que hacen al moverse. Miran su existir sin tiempo. Están y no están, pero nadie puede mirarlas...

Irónica vida

Guadalupe Coronel

Que vida tan irónica

Se desea lo que no se tiene

Y se desaprovecha lo que se posee

Se procura a quien no nos quiere

Y se desprecia a quien nos provee

Que vida tan irónica

Donde la cama sobra

Y el placer carece

Donde la soledad cobra

Lo que el corazón padece

Es irónica la vida

Porque nos antoja lo prohibido

Y nos regala lo cotidiano

Porque esfuma lo vivido

Y sobrecarga lo liviano

Es irónica la vida

Nos deja elegir libremente

Pero nos pone tentaciones

Nos programa la mente

Deseando nuevas pasiones

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Aforismos, dichos, pensamientos, versos, citas

Carlos Caco Ceballos Silva

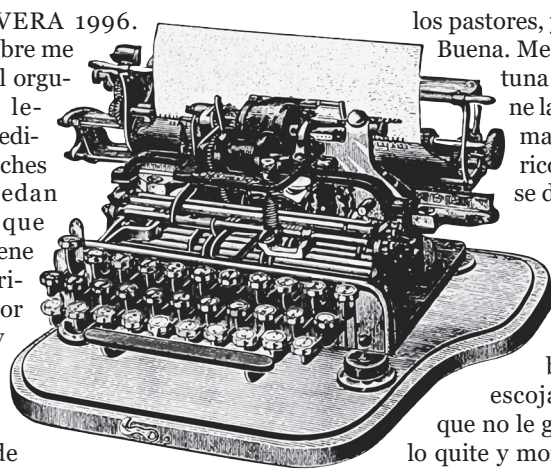
PRIMAVERA 1996. El hambre me tira y el orgullo me levanta. Los acomodados son los metiches que nunca quedan bien. Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de prisión. Una cal por una de arena y una mujer para una cuarentena. La avaricia es la pobreza de los ricos. Mujer moderna con pantalones vale más que el hombre en calzoncillos.

Barco parado pierde el tiempo y no gana flete. Brava la perra y tu echándole sombrerazos. Debes ser muy desgraciado para mostrarte tan cruel y despiadado. Ambos se dañan al mismo tiempo: El que promete demasiado y el que espera grandes dotes. Cualquier hilacha es jorongo abriéndole la bocamanga. Cuídate de los que parecen buenos, pues de los malos ya están señalados.

Comienzas por imitar y acabarás por aprender. Broma y dicho inoportuno disgustan a más de alguno. Basta con hallarse viejo para empezar a sentirse enfermo. La mente del fanático es como la pupila del ojo, mientras más luz y la claridad le llegan, más se contrae y más se molesta. Lo único que constantemente no da más y más, es la báscula en la que nos pesamos.

La crisis es una depresión que abrimos a la fuerza de la prosperidad. Nadie necesita imprescindible un abrigo de visión excepto el propio animal. Todo lo bueno se oculta, y todo lo malo se abulta. No hay que reclamar como un derecho, lo que no se puede pedir como un favor. Un hombre sin dinero es como un tigre sin colmillos. Para todo hay vacunas y antídotos, menos para quitar el hambre.

Amar en la cama es de lo más divertido y por ser tan divertido no nos hace reír. A Dios rogando y con el mazo dando. Al buen entendedor pocas palabras. Al lugar que fueres haz lo que vieres. A la chingada



los pastores, ya pasó la Noche Buena. Me he de comer esa tuna aunque me espine la mano. La mejor manera de hacerse rico es no despegarse de la tía rica.

Todos son honrados, pero mi cobija no aperece. Para no quebrarse el tobillo, cada quien escoja su camino. Al que no le guste el fuste que lo quite y monte "en pelo". Al comer y a la risa rezada, no esperar la primera llegada. Las costumbres se hacen leyes. Causa alegría sublime ver que el que aprecias, te estime. Cuando el arriero es malo, todas las culpas se las echa a las mulas.

Rechazan muchas mujeres la ancianidad, torpeza, no hay que mirar la cabeza, en la bola está la edad. Tantas cosas que quisiera contar, ojalá y no fuera viejo para volver a empezar. Si el trabajo da salud, que trabajen los enfermos. Dinero perdido, algo perdido. Honra perdida, mucho perdido. Ánimo perdido, todo perdido.

En la política los amigos son de mentiras y los enemigos de verdad. El perezoso descansa antes de cansarse. Es posible construir un trono con bayonetas, pero no es posible permanecer sentado en él por mucho tiempo. Los gobernantes presumen de una sociedad más igualitaria, pero nunca se ponen el ejemplo. El Senado es cual cartel de invierno de nuestras nulidades políticas, y parece un grupo de sacerdotes egipcios momificados que solamente han servido para conservar la fea costumbre del servilismo.

La iglesia sólo suplica, pero no exige. El cielo nos da los familiares, pero gracias a Dios podemos escoger a los amigos.

Y estos son algunos de los muchos aforismos, "dichos" y pensamientos que oigo, leo o me platican; todos tienen mucho de verdad y mucho nos enseñan y nos divierten.

* Empresario, historiador y narrador. †

El arte de novelar

Cuentos de César López Cuadras

Élmer Mendoza

Si está harto de la vida cotidiana, de los otros datos del gobierno y teme poco o mucho a lo que le depara el destino debido a las escabrosas circunstancias en que vivimos, tiene que leer a César López Cuadras, sus *Cuentos reunidos*, libro publicado por la Universidad Autónoma de Sinaloa y Andraval ediciones, en Culiacán Sinaloa, México, en octubre de 2017, que por cierto fue presentado en línea el viernes pasado, en el Encuentro Literario Norte 32, en el Centro Cultural Tijuana. Desde el primer cuento del volumen, "No diga que no don Patricio", usted va a sentir que vale la pena sobrevivir y que ningún esfuerzo por conseguirlo será menor.

Los cuentos son parte de la microhistoria de cada uno de los pueblos del mundo, fijan su perfil económico, político, religioso, mágico y retratan de cuerpo entero a las personas que los habitan. Los buenos cuentos rompen la barrera del tiempo y del espacio, y aunque los que nacen en Comala o en Macondo se parecen en algo a los surgidos en Guasachi, el pueblo de César López Cuadras, las diferencias son pequeños detalles para celebrar. Por ejemplo, César explora una poderosa línea humorística que momentos el lector se siente en una fiesta, bebiendo cerveza fría y comiendo ceviche de camarón, pescado frito y carne asada. Es una maravilla.

"El león que fue a misa de siete" les va a encantar, seguramente se preguntarán qué hubieran hecho ustedes, más no se preocupen por responder, simplemente envíen una sonrisa a este escritor nacido en Surutato, en la mera sierra de Sinaloa, en 1951, y que se nos adelantó en 2013. ¿A usted qué le pasó la primera vez que vio a Kim Novak, la actriz americana que definió la sensualidad de su tiempo? Tal vez

coincida con lo que les pasa a los jóvenes personajes del cuento que pone nombre a la primera parte de este libro.

El volumen se divide en tres partes. De la primera forman parte los textos que les he comentado antes. La segunda son cuentos playeros. Se desarrollan en el puerto de Topolobampo y sus alrededores. Las historias son de pescadores, marinos contrabandistas, mujeres de piel cálida, curanderos, comerciantes, bebedores de cerveza y una hermosa sirena que trajo su canto desde el estrecho cercano a la actual Nápoles, de donde se le escapó Ulises. Todo el encanto de los puertos está

aquí, la belleza, el sexo, los afrodisíacos y la manera de contar los días que obedece a un calendario que sólo ellos conocen.

López Cuadras teje cada una de sus historias saltando de la realidad a la fantasía sin perder el sentido de su literatura: el humor. Eso que en este confinamiento es tan relajante. En la tercera parte, el cuentista regresa a tierra firme. "Una de polímeros" les va a encantar, incluso podría ser parte de sus fantasías. "La historia de una fan de Guadalupe Loeza" también

les dará un buen momento.

La verdad es que es un libro lleno de guiños y provocaciones para sonreír. López Cuadras cuenta, sus historias están escritas de tal manera que parece que las estamos escuchando relajados, bebiendo algo mientras el sol se pierde tras una nube que no existe. Es un autor muy hábil en el manejo de la oralidad. Para esto se requiere un conocimiento del lenguaje preciso, de tal suerte que no pierda el efecto de dejar ese deseado sentimiento de liviandad que precede a la risa. Estoy seguro que tendrán excelentes momentos mientras leen cada uno de los cuentos. Ya me contarán.

